

El populismo desde la perspectiva de la cultura política

Ricardo Angel Minetti*

Resumen

La cultura política se ha ganado un lugar en el vocabulario en uso de la Ciencia Política, aunque su diámetro de significado se ha expandido tanto que resulta conveniente realizar esfuerzos encaminados a la aplicación de esta noción, lo cual supone esclarecer su especificidad. En ese sentido, este artículo procura, a partir de dos ejes, esbozar un abordaje del populismo latinoamericano (en su versión argentina y brasileña), como una forma de probar la capacidad de la cultura política para generar nuevas miradas sobre nuestra realidad como región, originales pero suficientemente rigurosas. Es decir, atentas al conocimiento disponible y organizando el análisis de acuerdo criterios metodológicos.

Palabras-clave: cultura política, populismo, Vargas, Perón.

Abstract

Populism through the perspective of political culture

The concept of political culture has earned a place in the vocabulary of political science, although its diameter of meaning has expanded so much that it is appropriate to make efforts towards the implementation of this notion, which involves clarifying their specificity. In that sense, this article attempts, by determining two analysis axes, outline an approach of Latin American populism (as Argentina and Brazilian version), as a way to test the ability of the political culture to generate new views of our reality as a region, original but sufficiently rigorous. That is, attentive to available knowledge and organizing the analysis according to methodological criteria.

Key-words: political culture, populismo, Vargas, Perón.

Introducción

El populismo materia de interés en el mundo académico latinoamericano desde hace tiempo, y ha sido abordado desde no pocas perspectivas de análisis. En este trabajo se esbozará un acercamiento que probablemente no ha sido efectuado sino de manera auxiliar en la interpretación de la experiencia populista, es decir, a través del enfoque

* Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral (UNL). Email: ricardoangel_minetti@yahoo.com.ar.

de la cultura política. Esta propuesta, complementariamente, pretende contribuir con un campo de investigación más vasto, el de las culturas políticas latinoamericanas que se dieron en la historia de la región, para lo cual es necesario establecer si posee la suficiente entidad como para tener un relieve suficientemente distintivo dentro de ese campo.

Tanto populismo como cultura política se nos presentan como nociones sobradamente elusivas y polisémicas. A diferencia de la idea de dominación oligárquica (la cual, dicho sea de paso, tanto tiene que ver con el problema del populismo), que presenta un mayor consenso tanto en lo que respecta a su concepción en tanto que forma de articular las relaciones sociales y de poder como al período histórico en el cual estuvo vigente, el populismo presenta un carácter más polémico en cuanto a factores explicativos e interpretativos.

Sin embargo, dichas elusión y multiplicidad de sentidos, no puede constituir un pretexto para soslayar un objeto de estudio que puede contribuir en gran medida con la comprensión de la realidad latinoamericana.

El populismo ha ganado un lugar de relevancia en el ámbito de las Ciencias Sociales desde las formulaciones pioneras de Gino Germani¹, lugar que se ha repositado a la luz de acontecimientos posteriores para los que fue pensado originalmente. Esa aparente dispersión del concepto ha sido ocasión para ajustar, en la teoría, la concepción del populismo, y ha posible el interrogante acerca de su configuración como cultura política.

Nuestro trabajo estará basado principalmente en una comparación entre los casos argentino y brasileño, lo cual no supondrá no considerar otros referentes en América Latina, en particular durante la vigencia de los períodos clásicos asociados al fenómeno. En primer término se procurará esbozar un marco conceptual que permita sustentar su desarrollo desde la teoría y luego se determinarán unos ejes que permitan

¹ Los aportes de Gino Germani suelen ser considerados en el marco de su teoría de la modernización y en particular, en relación con su libro *Política y sociedad en una época de transición* (1962); cabe recordar que este sociólogo abordó de manera más específica el problema del populismo en *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional* (publicado en Estados Unidos en 1978, y publicado y traducido al castellano en 2003), y en trabajos de la década del cincuenta.

captar la pertinencia del enfoque propuesto al caso del populismo a partir del conocimiento disponible.

Una aclaración resulta conveniente: el presente texto reviste un carácter “experimental”, antes que el de un documento que consigna resultados de investigación. La adecuación de sus perspectivas de análisis debe provenir de la capacidad que demuestre para hacer inteligibles ciertos aspectos de la historia política latinoamericana, desde una perspectiva diferenciada.

1. Qué se entiende por cultura política

Formulado inicialmente por G. Almond y S. Verba en *The Civic Culture* (1963), la noción de cultura política reapareció con fuerza en el mundo académico latinoamericano en el contexto de la redemocratización de la década de 1980 y, desde entonces, no ha dejado de ser apropiado y resignificado por varios científicos políticos y sociólogos.

La relación entre la cultura política y la historia resulta crucial para evaluar la pertinencia epistemológica y metodológica de la noción (es decir, el esfuerzo teórico y las aplicaciones generados por ella). En principio, dicha relación se presenta desdoblada en dos planos, que no resultan incompatibles y que pueden darse simultáneamente, lo cual se explica en principio porque (según han enseñado los fenomenólogos en relación con los objetos sociales, y Schutz en particular, entre ellos) tratamos de comprender lo nuevo apelando a lo ya conocido o vivido.

Uno de los planos aludidos entiende que una cultura política se forma en el seno de experiencias políticas particulares: como en el presente caso serían las presidencias de Perón entre 1946 y 1955 en Argentina, y el *Estado Novo*, 1937-1945², y la presidencia

² Se incluye aquí el período de la dictadura varguista de ese período, siguiendo lo apuntado por F. Weffort en *O populismo na política brasileira* (1978), cuando avanza en su caracterización como fenómeno político singular: “Foi a expressão do período de crise da oligarquia do liberalismo, sempre muito afins na história brasileira, e do processo de democratização do Estado que, por sua vez, teve que apoiar-se sempre em algum tipo de autoritarismo, seja o autoritarismo institucional da ditadura Vargas (1937-45), seja o autoritarismo paternalista ou carismático dos líderes de massas de democracia do após-guerra (1945-64) (p. 61).

de Vargas entre 1950 y 1954, e incluso las presidencias de Kubitschek y Quadros, en Brasil, extendiendo el período "populista" hasta 1964 (lo cual, en efecto, es comúnmente aceptado en la historiografía brasileña).

El otro plano, entiende que en toda sociedad se crean, como resultado de sus procesos históricos, representaciones y prácticas que intervienen, como elementos ideacionales o pragmáticos, en las tareas de significación (es decir, el otorgamiento de sentidos por parte de los distintos actores sociales) y realización de la política (con lo cual designamos los medios, recursos y acciones involucrados en la política como actividad humana).

El anclaje témporo espacial de las culturas políticas da cuenta de experiencias históricas nucleares que, por utilizar una expresión muy en boga en los últimos años y que resulta en verdad esclarecedora en este caso, pergeñan una "narrativa maestra", la cual no puede ser elaborada a la manera de la mera ficción, sino a partir de hechos conocidos (políticas públicas, relaciones establecidas entre los distintos autores del universo sociopolítico, operaciones de simbolización), los cuales abren un amplio espacio para las interpretaciones intelectuales y la creación y combinación (proceso sobre cuya posibilidad advirtiera tempranamente Durkheim) de representaciones.

Dentro de la órbita de esas aserciones, en la historia de América Latina independiente (del Imperio español) podríamos contar al menos con cuatro culturas políticas *matrices*: oligárquica, populista, dictatorial y democrática. Naturalmente, dichos términos pueden asociarse a otros que intentan elaborar tipologías para sistematizar las formas de dominación en la región: "formas" o "tipos de Estado" (Graciarena, 1984), "orden" (Ansaldi y Giordano, 2012), entre otras.

Se han formalizado hasta el momento varias definiciones de cultura política, todas las cuales intentan superar los supuestos implícitos en la formulación original de Almond y Verba³. Algunas enfatizan en los componentes simbólicos de la vida política,

³ Una de las más elaboradas y recientes proviene de Margaret Somers, quien ha entendido que la teoría de la cultura política se inscribe en la tradición de la teoría angloamericana de la ciudadanía y cuestiona tanto la dimensión política como la cultural supuesta en los usos corrientes en la teoría social (la cual se explica en función de aquella tradición): "En el caso de lo 'político', a pesar de que está orientado hacia los asuntos públicos, el concepto de cultura política de estos pensadores está configurado fundamentalmente por el lado *antipolítico*, *privado* de la 'gran dicotomía' (Bobbio, 1989) que se establece entre las esferas público/Estado y privado/sociedad de la vida social. En el caso de lo 'cultural' se refiere

otras en “lo que la gente piensa”, algunas tienen en cuenta el largo plazo, otras son más coyunturalistas. En este punto cabe agregar que el nivel subjetivo, ya reconocido en la formulación original de los autores citados, enriquece la capacidad explicativa de la noción. En el terreno operativo, el concepto ha sido muy fructífero, y ha inspirado instrumentos de recolección de datos típicamente cuantitativos como la encuesta (de hecho, el estudio de Almond y Verba se basaba en ellas): la Encuesta Mundial de Valores (WVS por su sigla en inglés) es un ejemplo de ello.

Una correcta actitud epistemológica para proseguir con esta tarea (ya que sin duda hay que seguir depurando su concepción), deberá buscar un equilibrio entre las definiciones que resaltan uno de los aspectos implicados por el problema, y aquellas que lo amplían demasiado, lo cual implica el riesgo de anular su pertinencia. La idea de cultura es de por sí abarcadora, pero asimismo no puede subsumirse todo el rango de acontecimientos políticos en lo que sería su versión política.

Es verdad que también existen distintos niveles de análisis, aunque eso no debería transformar el concepto al punto de transformarlo en uno totalmente distinto. Esta aclaración viene al caso, porque la cultura puede ser aplicada a muy diferentes escalas geográficas (locales, regionales, nacionales, internacionales) o incluso con prescindencia de ellas, y temporales. Si el objetivo de más largo alcance de una investigación consiste en tipificar las culturas políticas de un conjunto de países, es evidente que ambas deben ser amplias.

Volviendo al tema que ahora nos ocupa, se propone aquí entender la cultura política en término de las prácticas y significados asociados a un determinado proyecto o concepción de la política, con suficiente sostenimiento en el tiempo como para hacer posible la existencia de tradiciones y actualizaciones⁴. Se trata sin duda de una definición

más a lo que es ‘naturalizado’ que a lo que es reconocible como cultural” (Somers, 1996, pp. 33 y sig.). El señalamiento de Somers resulta relevante en la medida en que el objeto aquí considerado –el populismo– podría ser abordado con supuestos negativos en tanto que forma deficitaria de democracia, desde las concepciones de *cultura política* por ella revisadas.

⁴ Esta definición guarda proximidad con la de Rodrigo Motta (la cual se adscribe a la escuela francesa de Berstein y Sirinelli), quien la define como “conjunto de valores, tradições, práticas e representações políticas partilhado por determinado grupo humano, que expressa uma identidade colectiva e fornece

amplia, pero que habilita el estudio parcial de la problemática en cuestión. Por prácticas se entiende, por supuesto, el aspecto pragmático de "hacer" la política. Los significados tienen que ver con la dotación de sentido que otorga inteligibilidad a las cosas. La sostenibilidad en el tiempo es de hecho relativa, pero supone un transcurso de tiempo mínimo como para que una cultura política se cristalice en sus componentes fundamentales y pueda ser reconocida como tal. Las tradiciones son formas de actuar iguales o similares a través del tiempo. Las actualizaciones hacen referencia a la forma en que una tradición o cualquier otro componente de la cultura política se implementan en un contexto diferente al originario.

De esta manera, la perspectiva de la cultura política supone una ampliación del diámetro para el análisis de los fenómenos políticos, o los proyecta por fuera de las circunstancias en las que una combinación de prácticas y significados en la esfera de la política adquirieron un relieve distintivo.

En eso radica precisamente buena parte de las dificultades y potencialidades del concepto (lo cual, cabría agregar nuevamente, no es privativo de él, en el contexto de las Ciencias Sociales), porque la caracterización de decisiones estatales o estilos discursivos, por ejemplo, como populistas, plantea la necesidad de comprobar si realmente existe una continuidad entre aquellos fenómenos que permita sostener su cristalización como formas de cultura política, o como *una* cultura política sin más. Desde este punto de vista, el vínculo entre ellas y la idea sociológica de tradición queda en evidencia, lo cual plantea la necesidad de abordar la problemática de manera interdisciplinaria.

2. El populismo como cultura política

El concepto de cultura política, entonces, remite a configuraciones singulares de tiempo y espacio, pero es capaz de trascender esos condicionantes para proyectarse (es decir, proyectar la presencia de los objetos considerados) con posterioridad a ellos y, de

lecturas comuns do passado, assim como fornece inspiração para projetos políticos destinados ao futuro" (Motta, 2009, p. 21).

hecho, también a circunstancias históricas anteriores. No se trata de una adscripción de una suerte de metafísica de la historia, sino al hecho empírico de que las comunidades humanas poseen un pasado compartido, que constituye el material para crear sus propias clasificaciones y valoraciones para evaluar el impacto pasado, presente y futuro de los acontecimientos.

De esta manera, entendemos que esta noción alude a una combinación específica de esas coordenadas (tiempo y espacio), en la cual los fenómenos políticos adquirieron un relieve y una modalidad distintivos, que los ha hecho perdurables, es decir, los ha hecho trascender la especificidad de esas condiciones para instalarlos como referentes (simbólicos y pragmáticos) en la vida política de sus países y la región en el largo plazo.

Entendemos que desde el punto de vista de las grandes culturas políticas latinoamericanas, el populismo se presentaría, en rigor, como la segunda modalidad (o tercera, si el criterio incluyera la dominación colonial como la que dio lugar a la primera de ellas), o aquella que logra interrumpir el medio siglo que, según una clásica periodización de nuestra historiografía, corre entre 1880 y 1930, y correspondiente a la dominación oligárquica. El criterio de esta propuesta consiste en que tuvo un alcance geográfico, una duración, un conjunto de valores y una identidad suficiente como para constituirse en modos de “hacer” la política, que los diferencia de otros complejos similares. Si se quiere, la apertura de esos regímenes ya había comenzado (claramente, en el caso argentino, con la sanción de la ley Sáenz Peña en 1912), pero los populismos contribuirán (y en esto radica uno de sus aspectos paradójales) con la ampliación de las bases sociales de la democracia y redefiniendo los sistemas partidarios⁵, de manera más acorde a la complejidad de sociedades que experimentaban los efectos de la modernización económica, democracia que a su vez alternará por décadas con gobiernos dictatoriales de cuño autoritario.

⁵ Lo cual no quiere decir que existieran un mayor pluralismo partidario (en verdad, se dio más bien el caso contrario).

Revisemos ahora algunas definiciones del populismo, en las que aparece representada buena parte del espectro de sus interpretaciones teóricas.

En una obra de compilación, María Mackinnon y Mario Petrone proponen conformar el populismo como unidad analítica a partir de los siguientes atributos o rasgos: "a) la crisis como condición de emergencia; b) la experiencia de participación como sustento de la movilización popular; y c) el carácter ambiguo de los movimientos populistas" (Mackinnon y Petrone, 1999, p. 44). De acuerdo con esto, se reconoce que el populismo es en gran parte un emergente de la crisis de la dominación oligárquica y de la crisis económica internacional de 1929 (que se refleja, según los autores, en el patrón de acumulación y en la relación entre el Estado y las masas), que plantea una implementación del régimen democrático desconocida hasta entonces (en la que los compiladores reconocen una cercanía con la forma directa del mismo) y, finalmente, la ambigüedad hace referencia a la tensión existente entre las posibilidades de entender el populismo como una política tendiente a la cooptación y manipulación demagógica de las masas, y la de reconocer en estas la capacidad para expresarse en tanto que actor político heterogéneo y participativo (en cierta forma, también se trata en este caso de admitir su capacidad reflexiva, en términos sociológicos⁶).

Otra caracterización que puede contribuir con nuestros objetivos es la que ofrece el artículo de Alain Touraine (el cual integra la compilación mencionada anteriormente):

"Populismo en América Latina es ante todo una política nacional popular, expresión que une la referencia al pueblo como esencia, a la nación como colectividad amenazada por la dominación externa y sus consecuencias internas y al Estado como agente de cambio, pero también de expresión y defensa de la unidad nacional" (Touraine, 1999, p. 331).

⁶ Juan Carlos Torre explica el componente racional de la identificación por parte de la clase trabajadora con el peronismo de la siguiente manera: "Sabemos (...) que si es el cálculo de utilidades el que preside el acercamiento inicial a Perón, éste se resuelve, muy pronto, en una identificación política directa. Para comprender este desarrollo no es preciso salir de la idea de racionalidad. Solo que, en este caso, el criterio de racionalidad es otro, el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras" (Torre, 1999, p. 176). Es decir, el lazo de solidaridad y cohesión debe ser pensado no sólo en función de una adhesión emocional, en la cual "las masas obreras" constituyen un capital político manipulable a voluntad del líder.

Como se puede apreciar, la definición de Touraine parece acertar en la identificación de los elementos nucleares del populismo: la política nacional popular, el pueblo como su destinatario, la defensa de la integridad de la nación y el Estado, con respecto al cual (y aquí reaparece el carácter contradictorio del fenómeno) el populismo tuvo importantes semejanzas con la dominación oligárquica, en la medida que lo concibe como agente de cambio (pensemos en la primera fase de los modelos agroexportadores latinoamericanos) y como encarnación de una nación situada y dotada de una cultura en común.

Caracterizando de manera general al populismo y su contexto histórico, Atilio Borón, quien se opone a la aplicación del término populista a experiencias políticas posteriores a las que aquí nos referimos, argumenta que

“los determinantes estructurales del populismo remiten a una fase en la historia del capitalismo latinoamericano y mundial en la cual la burguesía nacional se constituía como dominante y pretendía llevar adelante su ‘misión histórica’ de construir el mercado interno y, a partir de ello, poner en práctica un conjunto de políticas que hicieran posible ensayar en estas tierras una modesta versión del Estado de Bienestar keynesiano, por esos años en auge en la Europa de posguerra” (Borón, 2012, p. 139).

Este contexto en el que surge el populismo es comparable al que se daba en Europa occidental al promediar el siglo XIX. Es decir, un tiempo de transición desde el modelo productivo precapitalista hacia el capitalista industrial. Concomitantemente, la población se vuelve más urbana que rural, y emerge el problema de las “masas”, término ambiguo (que comparte buena parte de su campo semántico con el más latinoamericano de “pueblo”) que designa a las personas involucradas en el nuevo modo de producción con precariedad de derechos sociales y políticos.

Esta comprensión en términos de clases sociales y de su impacto en el modelo productivo, resulta medular en la interpretación del populismo de Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto en su clásico estudio *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969):

“Es justamente la ‘presencia de las masas’ al lado de la formación de los primeros y más consistentes gérmenes de una economía industrial diferenciada (es decir, no solamente de bienes de consumo inmediato), el hecho que va a caracterizar el período inicial del llamado ‘desarrollo hacia adentro’, que se

acentúa durante la guerra y se manifiesta en su plenitud durante la década 1950-1960" (Cardoso y Faletto, 2011, p. 103).

Justamente, a diferencia del modelo agroexportador, orientado hacia afuera en el sentido de que la economía dependía básicamente de la demanda externa, el gobierno populista dará importancia al mercado interno como herramienta de apoyo para la industria nacional y el acceso de las masas al consumo.

Finalmente, interesa comentar la visión del politólogo francés Alain Rouquié, quien explica su crítico análisis del populismo en función de los "estilos de dominación" suscitados en la historia latinoamericana y el contexto de transición desde sistemas productivos agroexportadores hacia la industrialización. Ambos tópicos no son privativos de su propuesta en particular (ya que numerosos autores los comparten), aunque en no pocas ocasiones surgen interpretaciones diferentes según sean los valores asignados a los denominadores comunes en juego.

El examen de las relaciones de poder en ámbitos de desarrollo de la vida cotidiana resulta sin dudas de interés, si bien no se conoce una buena disponibilidad de estudios que aborden esa problemática en relación con sus efectos con estructuras de autoridad mayores.

3. Propuestas de abordaje

En ocasiones, las innovaciones metodológicas tienen que ver con organizar de manera diferente o con hacer inteligible desde nuevos puntos de vista, elementos ya conocidos y sistematizados por perspectivas teóricas preexistentes.

En ese sentido, es casi seguro que la pertinencia del enfoque aquí propuesto no consista en contribuir con datos hasta ahora desconocidos, o análisis novedosos, sino en los supuestos teóricos y metodológicos con los que opera y en la articulación implementada para sistematizarlos de manera coherente.

En esa línea de argumentación, para hacer operativo el concepto de cultura política esbozado, se proponen los siguientes ejes o dimensiones: 1- concepción del poder, la política y el Estado; y 2- la conformación de identidades políticas y la ciudadanía.

El primero de estos ejes guarda relación con los componentes pragmáticos de la cultura política aludidos anteriormente, y los segundos más bien con cuestiones de significado. Es evidente que al acercarnos a los hechos históricos ambos pueden parecer indistinguibles, pero es sabido que la ciencia necesita establecer distinciones para poder avanzar. La definición dada anteriormente no pretende agotar la “casuística” de esta noción sino brindar un contexto que la demarque en su singularidad.

A continuación se comentarán los contenidos que integran estos ejes.

3.1) *Concepción del poder, la política y el Estado*

El populismo latinoamericano, y recordando que en el presente trabajo nos basamos en las experiencias brasileña y argentina, tuvo lugar dentro del sistema democrático y se adaptó a él encarnándose o asumiendo la forma del partido político con proyección nacional (el *Partido Justicialista* –fundado por Juan Domingo Perón en 1947- y el *Partido Trabalhista Brasileiro*⁷ – creado por Getúlio Vargas en 1945-). Argentina ya contaba con partidos importantes y dotados de un perfil sociológico e ideológico distintivo (la UCR, el PS, el PDP), si bien durante el primer gobierno peronista el sistema partidario argentino se concentraría en dos de ellos (la UCR y el PJ), vigente hasta la vuelta a la democracia de 1983.

Sin embargo, se debe tener en cuenta que sus respectivas fases previas, tuvieron lugar en marcos autocráticos o dictatoriales: en el *Estado Novo*⁸ se pergeñaron elementos populistas y las acciones de Perón en el Departamento Nacional de Trabajo (cuando era presidente de facto el general Pedro Ramírez).

Coyunturas históricas bastante convergentes –el fin de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo- llevaron en ambos casos a adquirir esa dimensión democrática

⁷ No debe ser confundido con el PT (Partido dos Trabalhadores), al cual pertenece la actual presidente de Brasil, Dilma Rousseff.

⁸ Corresponden a este período realizaciones como la creación de la Justicia del Trabajo (Justiça do Trabalho), el establecimiento del salario mínimo, el descanso semanal remunerado, la jornada de trabajo de ocho horas y la reglamentación del trabajo femenino y de menores de edad.

formal la cual (pese a los rasgos autoritarios que demostraron poseer tanto Vargas como Perón) no resulta posible negar.

La llegada a la presidencia en 1946 para Perón y en 1951 para Vargas difiere en un hecho fundamental: mientras que el primero no necesitó establecer alianzas electorales para lograr un triunfo contundente (55%) sobre la Unión Democrática (una coalición entre la Unión Cívica Radical, el PS, el PC el Partido Demócrata Progresista),

Vargas fue elegido por una "alianza heterogénea" (French, 1999) que se reflejaría en la composición de su gabinete. Estos hechos, si bien no tienen fuerza para impregnar los acontecimientos políticos posteriores por sí mismos, marcan un antecedente importante en la manera de construir la idea de oposición, de adversario (binaria en el caso argentino y más diversificada y negociada en el caso brasileño), sin la cual el populismo pierde buena parte de su especificidad.

Esta inscripción democrática de los populismos ha dado lugar a que se expresaran profundos constituyentes de los imaginarios culturales latinoamericanos asociados al poder y su ejercicio. A diferencia de los caudillos del siglo XIX⁹, no se trata de un carisma basado en la actividad bélica (la condición militar de Perón y la cercanía de Vargas a ellos presenta una importante impronta que luego se comentará pero no es lo central en este caso), sino en su capacidad de constituir a la comunidad política como nación y en la incorporación de importantes sectores de la población al mundo de la ciudadanía, principalmente bajo su dimensión social.

La personalización del poder es un rasgo señalado a menudo en relación con los populismos (y también como un atenuante de su carácter democrático). En ese sentido, algunos autores, como Dietrich Nohlen (2002), aseguran que "Se trata de movimientos y no de partidos políticos. La pertenencia es laxa, el vínculo es a menudo centrado en la persona (personalismo)" (Werz, 2012, p. 191). Sin embargo, en la historia de la democracia muchos partidos se originaron bajo la forma de movimientos, en tanto que formas colectivas de acción política menos institucionalizada, y de programas más vastos que los de los partidos políticos tradicionales. En síntesis, el contenido personalista es un rasgo relevante, y que ha emparentado el populismo con regímenes

⁹ Esta referencia histórica se fundamenta en el carácter popular y la adhesión que solían despertar estas figuras.

como el fascismo¹⁰ y el totalitarismo, de los cuales en rigor se distancia en puntos fundamentales (los populismos latinoamericanos no fueron ni xenófobos ni expansionistas, como sí lo fueron los regímenes fascistas europeos).

La relación entre los populismos y la sociedad civil o, más concretamente, sus adherentes (que en la práctica distaron de limitarse a los sectores trabajadores) es otro aspecto del populismo que sólo puede entenderse apelando a fórmulas disyuntivas. En más de una ocasión se ha destacado el papel históricamente no autónomo de la sociedad civil en América Latina (Oszlak, 1990; Garretón, 2006), en la medida en que responde a un principio estatal y no es generadora de una dinámica “propia” en lo público. Es cierto que el papel de la sociedad civil parece no haber sido demasiado significativo durante los populismos clásicos. Su visión corporativa respondía más a una forma de organizar la sociedad desde el Estado (de allí la importancia de los sindicatos en ambos casos) que al resultado de un proceso gestado desde la sociedad.

Las fórmulas disyuntivas también se hacen necesarias para explicar la ambigüedad en relación al vínculo entre los populismos y las clases trabajadoras. En parte ya se ha adelantado algo de estos razonamientos al respecto (ver cita 4). Francisco Weffort describe estas relaciones en alguna medida contradictorias del populismo al afirmar que fue un

“modo determinado y concreto de manipulación de las clases populares que no participaron en forma autónoma pero fue también un modo de expresión de sus insatisfacciones (...); un mecanismo de ejercicio de dominio pero también una manera a través de la cual ese dominio se encontraba potencialmente amenazado” (cit. en Mackinnon y Petrone, 1999).

En realidad, ningún apoyo se presta de manera tan incondicional a un líder o a un partido como para garantizar su triunfo de manera permanente en la contienda por el poder, e incluso tal adhesión estaba condicionada por la capacidad del estado para

¹⁰ De hecho, una de las interpretaciones corrientes del peronismo ha sido el fascismo, como la que según Carlos Fayt (1967) corresponde a Germani. Se trata de un fascismo distinto del italiano, ya que su base sería la clase trabajadora.

llevar adelante la "justicia social" (expresión muy cara al ideario peronista) en un contexto histórico destinado a agotarse.

Retomando el problema de la *democraticidad* del populismo, es dable pensar que si bien se respondieron formalmente a la variedad representativa (las constituciones disponían ese mecanismo), los populismos adelantaron varios ingredientes de lo que O'Donnell llamaría en los años noventa "democracia delegativa", en la cual el apoyo electoral masivo a los líderes los inviste de una potestad política no consultiva. En efecto, la oposición a Vargas y Perón, más que de enfrentamientos en el seno del parlamento, provendrá de organizaciones y grupos de poder (la oligarquía tradicional, la prensa, podríamos decir en el caso de Brasil; los propios militares, la Iglesia -luego de unos años-, en el caso de Perón). Incluso, en la interpretación de Weffort, la incapacidad de autorepresentarse no solo habría afectado a las clases trabajadoras, sino también a los grupos dominantes, lo cual sumado su división interna "possibilitou a instauração de um regime político centrado no poder pessoal do Presidente" (1978, p. 71).

El populismo hizo del Estado y su estructura la principal herramienta para la ejecución de su proyecto, que en lo económico se expresaba en una concepción nacionalista del desarrollo económico, y en ningún momento aspiró a subvertir la ya cimentada base capitalista de los países en los que tuvo lugar. Refiriéndose al contexto brasileño post 1930, Francisco Weffort asegura:

"se trata sin duda alguna de un Estado burgués sin que pueda hablarse, sin embargo, de una democracia burguesa tal como ella es concebida en la tradición europea (...) diríamos que se trata de un Estado de Compromiso que es el mismo tiempo un Estado de Masas, expresión de la prolongada crisis agraria, de la dependencia social de los grupos de clase media, de la dependencia social y económica de la burguesía industrial y de la creciente presión popular" (Weffort, 1999, pp. 144 y sig.).

En ambos casos se desestimó la teoría de la lucha de clases, factor este que debilitaba la influencia del comunismo en la clase trabajadora (de por sí muy escasa en la Argentina, aunque importante en Brasil) y se garantizaba la conservación del orden capitalista a los sectores dominantes.

Retomando en parte un punto comentado en el párrafo anterior, baste

“Sin poder ser un Estado social en toda la regla, tenía que responder a apremiantes necesidades de grupos y sectores sociales deprimidos con recursos fiscales menguados por la crisis (...) Datividad, despilfarro, ineficiencia, son algunos de los caracteres atribuidos a la mala imagen económica del populismo latinoamericano. Ella se remonta a aquellos tiempos en que era insoslayable la necesidad política de hacer frente a la ‘cuestión social’, que había irrumpido traída por las masas a la escena política” (Graciarena, 1984, p. 16).

La idea de recursos menguados por la crisis parece aludir más al contexto de 1930, y diverge de la conocida abundancia de recursos con la que contó el peronismo luego la Segunda Guerra Mundial.

3.2) la conformación de identidades políticas y la ciudadanía

Históricamente situados, en sus formas nucleares, en las décadas de 1940 y 1950 (una notable excepción sería la de Cárdenas, que ocupó la presidencia de México entre 1934 y 1940), los populismos tienen lugar dentro de ese período que Tulio Halperín Donghi ubica entre 1930 y 1955 en el cual “liberalismo constitucional y dictadura tienen en casi todas partes un nuevo sentido, en la medida en que intentan ser respuestas a un problema también nuevo y cada vez más urgente: la ampliación de la vida política mediante la participación de masas cada vez más amplias” (Halperín Donghi, 1991, p. 344).

Si el radicalismo había logrado, con Yrigoyen, canalizar las demandas de participación y entidad política de los sectores medios, el populismo (y en esto radica uno de sus aspectos fundamentales y más discutidos), lo hará con los trabajadores industriales recientemente arribados al mundo urbano¹¹, con nula o muy escasa experiencia sindical y poco permeables a ideologías basadas en principios universales.

¹¹ El carácter urbano del populismo es un rasgo destacado tanto en el caso brasileño como argentino, y en dichos ámbitos radicaba el grueso de votantes favorables a sus proyectos, y porque el desarrollo de la industria que promovieron reforzó ese rasgo sociológico. Vargas, por ejemplo, mantuvo el requisito del alfabetismo y organizó un registro llamado de “ex officio” para asegurar la primacía numérica de los trabajadores urbanos. De esta manera, en la elección de 1945 (en la cual Vargas no participó directamente, pero impuso un candidato afín, Dutra), “en la región ABC, los dos partidos populares de base clasista obtuvieron un asombroso 71 % del total de votos (en comparación con sólo el 32 % a nivel estatal)”, escribe John French refiriéndose a la adhesión electoral al PTB y el PCB –al que Vargas había proscrito la década anterior-. El ABC designa tres grandes distritos industriales de la zona metropolitana de São Paulo: Santo André, São Bernardo do Campo y São Caetano do Sul. “En su primera participación

La Ciencia Política contemporánea ha reconocido, por otra parte, un vínculo entre la identidad y la ciudadanía, el cual resulta esclarecedor en esta dimensión de nuestro análisis. La problemática de la ciudadanía resulta clave para entender la cultura política populista, porque fue capaz de crear de nuevo sentido y contenido esa condición instituyente de derechos políticos.

En este contexto, los derechos inherentes a la condición de ciudadano se entienden en particular referencia a la pertenencia al mundo del trabajo, actividad en la cual se condensó el elemento integrador y cohesivo para la sociedad, y no como una posesión de prerrogativas en tanto que individuo:

“[María Elena] Capelato señaló que tanto el varguismo como el peronismo sustituyeron al ciudadano/individuo de la doctrina liberal por el ciudadano/trabajador, es decir, un nuevo patrón de ciudadanía. La condición de ciudadano ya no se definía tanto por la posesión de derechos civiles y políticos, sino por la de derechos sociales, de donde la realización de la ciudadanía (y de la democracia) se conseguía mediante la justicia social (cuyo peso fue mayor en el peronismo que en el varguismo), no por la libertad” (Ansaldi y Giordano, 2012, p. 109).

Hay consenso con respecto al papel desempeñado por los sindicatos en este proceso. Así, el historiador José del Pozo dice lo siguiente sobre Vargas:

“Como en el caso de Perón, una parte de su popularidad fue ganada por el apoyo a los sindicatos (...), los que sin embargo debían aceptar el control gubernamental. Pero contrariamente al líder argentino, Vargas actuó de manera dictatorial durante la mayor parte de su carrera, ya que entre 1930 y 1945 gobernó sin haber llegado al poder tras elecciones” (2002, p. 151).

La verticalidad en la concesión de estos derechos reforzó la imagen providencial de los líderes actuando a través del Estado. Y en este punto, el pragmatismo ideológico del populismo tendría un claro límite: no podía sino presentarse como el promotor de la incorporación de las masas a la política, por ampliación de derecho al sufragio o por otorgamiento de derechos sociales.

Pai dos pobres, pai dos trabalhadores, para Vargas, Líder de los Descamisados, Primer Trabajador (cf. Ansaldi y Giordano, 2012), para Perón, con apelativos antes desconocidos para la figura de un primer mandatario latinoamericano. Tanto los pobres,

en la política electoral, los votantes de la clase obrera del ABC habían expresado, en forma directa, su común identidad de clase en la arena política” (French, 1999, p. 62).

como los trabajadores y los desposeídos no habían sido receptores todavía de un reconocimiento como destinatarios del discurso y la acción políticos. Pensar en una relación política en términos de paternidad nos remite a la concepción de padre para el imaginario social como figura proveedora; en ausencia de otro “dador” pero también por minoridad el sujeto desposeído debe apelar a esa relación, en la cual queda siempre subordinado, para obtener una posición más beneficiosa.

Las épocas de Vargas y Perón¹² han legado, por otra parte, una profusa iconografía en las cuales trasunta claramente esta idea de la personalización, presentes movilizaciones, actos oficiales, propaganda oficial, libros de lectura, etc., en los cuales se utilizaba y daba un lugar central a los símbolos nacionales, e incluso los héroes (si bien esto último no tuvo peso en el caso brasileño). En dichas imágenes solían mostrar una cercanía física y emocional entre los líderes y las demás personas, desconocida por el sentido de composición de las imágenes de las figuras políticas de la oligarquía.

Incluso el caso argentino presenta una figura que contribuyó a pergeñar la identidad política del peronismo: Eva Duarte de Perón, “Evita”, “abanderada de los humildes”, que sintetizaba en su propia trayectoria biográfica la posición social de los desposeídos argentinos. La figura de Eva no tiene parangón en el populismo brasileño y podría afirmarse que no tiene precedentes en la historia latinoamericana, y contribuye a definir con nitidez los contornos del mismo como cultura política. Plantea un vínculo de tipo personal y directo con la autoridad política de la cual se reciben beneficios (a decir verdad, de manera bastante discrecional), una suerte de figura providencial y maternal teñida de un acentuado rasgo afectivo.

Otro aspecto a tener en cuenta con respecto a la dinámica de la identidad (o las identidades) políticas en el populismo, la hallamos en los ejes oposición y diferencia que corresponderían a sus variantes argentina y brasileña (cf. Ansaldi y Giordano, 2012). La posición de Vargas era menos hegemónica que la de Perón en términos partidarios, y su

¹² En Argentina, incluso, el origen de la política populista se halla asociado a un acontecimiento que ha revestido una suerte de mito fundacional, como lo fue la jornada del 17 de octubre de 1945.

actitud frente al capital extranjero (el norteamericano en particular) era menos manifiesta, porque lo consideraba necesario para llevar adelante la industrialización del país; de todos modos, la visión nacionalista del desarrollo queda de manifiesto con la creación de Petrobrás (1953) y Electrobrás, dos empresas que aseguraban el control del Estado en dos áreas claves para tales propósitos. El peronismo, por su parte, construyó parte de su mística por medio de la identificación expresa de adversarios externos e internos a su proyecto, que aparecían como enemigos del pueblo: "Braden o Perón" (consigna en los primeros años del peronismo), el imperialismo, la plutocracia internacional, la oligarquía, "cipayos", cuya mención poseía una carga de sentido muy negativa a nivel popular, son ejemplos de cómo se implementaba en el plano discursivo y simbólico esta construcción de sectores antagónicos, instalando una relación más cercana a la hostilidad y la confrontación que al diálogo y la negociación.

Ese tipo de relación negativa con un adversario es consustancial a toda política o, expresado más correctamente, en ella consiste "la esencia de lo político", según preconizara Carl Schmitt en su libro *El concepto de lo político* (1932). Circunstancias de la política reciente han reinstalado este tipo de concepciones, al igual que aquellas que no lo piensan tanto como un proceso histórico dotado de contenidos específicos sino como forma ideológica de articular discursos e identidades sociales; una forma de construir lo político que sin duda da cuenta de una disputa de hegemonías, sostenida por Ernesto Laclau. Esta perspectiva parece privar al populismo de su capacidad para explicar aspectos particulares de la cultura política latinoamericana, subsumiéndolo en definitiva de manera bastante indiferenciada en una idea acerca de cómo se practica y construye la política, que no permite distinguirlo de otras formas de organizar lo político y las relaciones de dominación.

4. Consideraciones finales

Las formas que adquiere el ejercicio del poder, la dominación política o simplemente, la política a secas, adquieren sus relieves distintivos a luz de los elementos ideológicos y los valores que movilizan cada proyecto, y de las posibilidades que ofrecen las coyunturas históricas para su realización. Estas coyunturas tienden a alterarse

notoriamente, pero los elementos más simbólicos de la política tienden a perdurar y a aplicarse (a “actualizarse”, cabría decir), en contextos diferentes, que obligan a dirigir la mirada hacia el pasado (no siempre reciente) respondernos: ¿se trata de algo nuevo? ¿Cuáles son las filiaciones de ciertas prácticas políticas y elementos discursivos con los del pasado? Y en todo caso, realmente poseen esos factores una influencia causal importante sobre el acontecer político.

Una aproximación al problema del populismo en tanto que cultura política, puede contribuir con un aporte que enriquece y al mismo tiempo vuelve más riguroso el uso de este concepto, lo cual demuestra hasta qué punto ha calado en el sentido común de la comunidad científica y la sociedad en general. Los efectos que se le endilgan (que van desde considerarlo una suerte de genoma colectivo que nos destina a repetir el eterno retorno a las frustraciones políticas, a quienes lo reivindican por su capacidad de elevar a los pobres y marginados) ameritan un detenimiento en el estudio de su origen y en lo que ha quedado sedimentado de él, muchas veces de manera confusa.

El panorama se complejiza al constatar que en un mismo período pueden convivir aspectos de culturas políticas más o menos diferenciadas, lo cual no hace más que demostrar que el desarrollo de la vida política no se halla condicionado por la repetición de modelos rígidos de ejercer el poder. Los casos de la democratización de España y América Latina nos enseñan cómo es posible la implantación de culturas que no tenían un precedente demasiado estable o contundente en su haber histórico.

En síntesis, se ha tratado aquí de determinar cuáles son los elementos nucleares del populismo (la índole de los líderes, la concepción del campo político, la construcción de identidades, su idea de nación expresada en las esferas de la cultura, la economía y el discurso, su relación con las clases trabajadoras, etc.) en sus formas clásicas, que sin duda pergeñaron una variedad de cultura política. Al calificar experiencias gubernamentales o discursivas actuales como “populistas”, se debería tratar de abreviar en lo que ha significado ese término, porque no se trata de un fenómeno nuevo, para verificar continuidades o detectar sus transformaciones semánticas.

Si se quiere, se trata de sentar las bases para un proyecto mayor, porque analizar la inscripción populista de experiencias políticas posteriores a las aquí revisadas (Vargas y Perón), sería la tarea que vendría a continuación. Es más, esta tarea ya ha sido emprendida, pero no deja de llamar la atención la notable dispersión que adquiere la aplicación del concepto populista. Hay quienes consideran populistas (al menos parcialmente) a gobiernos liberales como los de Argentina y Brasil en los noventa (este último en el período de Collor de Melo), aunque el concepto se vigorizó notablemente por las experiencias políticas de Venezuela, Argentina, y otros países latinoamericanos, en el primer tramo del siglo XXI.

Probablemente esa persistencia del concepto sea su mejor prueba de que constituye un conjunto de valores y significados sedimentados, una forma distintiva de gestionar los asuntos públicos, *una* cultura política.

Referencias

Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica. 2012. *América Latina. La construcción del orden. Tomo II: De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración.* Ariel, Buenos Aires.

Borón, Atilio. 2012. "¿Una nueva era populista en América Latina?". En Restrepo, Martha, Buelbas, Eduardo, Hoyos Vásquez, Guillermo (eds.) *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe.* Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo. (2011 [1969]). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayos de interpretación sociológica.* Siglo XXI, Buenos Aires.

Fayt, Carlos. 1987. *Naturaleza del peronismo.* Ediciones Viracocha, Buenos Aires.

French, John. 1999. "Los trabajadores populares y el nacimiento de la República Populista en Brasil, 1945-1946". En Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta.* Eudeba, Buenos Aires.

Graciarena, Jorge. 1984. "El Estado latinoamericano en perspectiva". *Revista de Economía Política*, N° 5, enero-junio, Madrid.

Halperín Donghi, Tulio. 1991. *Historia contemporánea de América Latina.* Alianza Editorial, Buenos Aires.

Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto (comps.). 1999. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta.* Eudeba, Buenos Aires.

Motta, Rodrigo (comp.). 2009. *Culturas políticas na história: novos estudos.* Argumentum, Belo Horizonte.

Pozo, José del. 2002. *Historia de América Latina y del Caribe 1825-2000*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.

Restrepo, Martha, Buelbas, Eduardo, Hoyos Vásquez, Guillermo, (eds.). 2012. *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Rouquié, Alain. 2007. *América Latina. Introducción al extremo occidente*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Somers, Margaret. 1996. ¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos. *Zona Abierta*, 77/78 (1996/97), Madrid.

Torre, Juan Carlos. 1999. “Interpelando (una vez más) los orígenes del peronismo”. En Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Eudeba, Buenos Aires.

Weffort, Francisco. 1978. *O populismo na política brasileira*. Editora Paz e Terra, Rio de Janeiro.

Weffort, Francisco. 1999. “El populismo en la política brasileña”. En MACKINNON, María Moira y PETRONE, Mario Alberto (comps.). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Eudeba, Buenos Aires.

Werz, Nikolaus. 2012. “Populismos y democracia en América Latina. En RESTREPO, Martha, BUELBAS, Eduardo, HOYOS VÁSQUEZ, Guillermo (eds.) *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Tramitación del artículo:

Sometido: 05/09/2014

Revisiones requeridas: 22/11/2014

Versión corregida: 08/05/2015

Aceptado: 15/06/2015